



XXV JORNADA DE PASTORAL SOCIAL
LA NACION COMO COMUNIDAD DE DESTINO

Introducción

En el contexto actual hablar de destino resulta contracultural. En el actual orden vigente, signado por el presentismo cortoplacista, en el hoy, en el aquí y ahora que la enunciación de futuro parece un vano esfuerzo, tenemos que insistir en la necesidad de construir una mirada esperanzada y confiada hacia el futuro.

Desde nuestra perspectiva queremos afirmar que es necesario ligar la idea de destino con la apuesta a una construcción colectiva, por eso hablamos de comunidad, de un futuro compartido.

Tenemos que superar el ahogo al que lleva este presente cortoplacista para construir un nuevo horizonte, un referente utópico, un vector que oriente y de sentido a los esfuerzos personales y sociales.

Sin ese horizonte común el espacio superara al tiempo, el conflicto a la unidad, la parte al todo y la idea particularista a la realidad.

Esos son los riesgos que corren las sociedades actuales atravesadas por un profundo déficit de futuro y de sentido.

Nuestra situación

Nosotros vivimos una situación compleja y dramática.

El repaso de los indicadores sociales resulta elocuente.

Estamos bajo los efectos de años de falta de un crecimiento sostenido y equilibrado, ese piso mínimo que dista mucho del desenvolvimiento de un modelo de desarrollo integral.

El nivel de fragmentación política se ha sumado a la preexistente fractura social.

Las políticas focalizadas y de transferencias monetarias de ingreso, han demostrado ser insuficientes para reducir significativamente los índices de pobreza, convirtiéndola en un problema estructural y persistente.

Los elementos disgregantes superan a los que congregantes.

El escepticismo y la anomia ganan terreno.

Los discursos simplistas hacen pie en sectores despolitizados por la ausencia de debates y por un debilitamiento de la función de la política en la construcción comunitaria.

El desprecio, la subestimación, la indiferencia, el descarte de los más vulnerables parece instalarse de manera creciente en distintos estratos de nuestra sociedad. No es menos grave el trato agresivo que muchas veces tiñe espacios importantes de la experiencia contemporánea

En un orden más concreto podemos constatar un desdibujamiento del lugar peculiar de la centralidad de la persona en la organización de la sociedad, cuya raíz más profunda es de orden antropológico. El Papa Francisco, en este sentido, ha señalado : “Hay un modo de entender la vida y la acción humana que se ha desviado y que contradice la realidad hasta dañarla” porque “el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social. La persona se desenvuelve y alcanza su plenitud en la vida en sociedad.

En la conjugación e integración entre el “yo” y el “nosotros” se juega nuestro caminar porque persona y comunidad no pueden escindirse. No puede absolutizarse uno de los polos sino que se retroalimentan. Para una ecología humana integral, que proponemos, la persona es un ser social, “para el hombre existir es convivir.” La experiencia nos dice que nos necesitamos unos a otros y nos organizamos para vivir en comunidad. Las políticas, no siempre parecen responder cabalmente a las necesidades más sentidas de la población..

Integrando los elementos anteriores podemos afirmar que la Argentina como sociedad vive desde hace décadas la indefinición estratégica de su modelo de desarrollo. Ha oscilado entre diferentes modelos, en el que el erratismo se adueñó de las políticas económicas. Ese esquema pendular puede interpretarse como signo de la ausencia de un pacto económico que defina un perfil productivo para el capitalismo periférico argentino. Ello ha llevado a un deterioro progresivo de diferentes indicadores, al aumento de la desigualdad y a la fragmentación que ponen en entredicho la idea misma de comunidad.

Estas situaciones, están llevando, en muchos casos, al desánimo, a la falta de compromiso, al abandono de los sueños de futuro compartido.

Queremos ser Nación

En la plegaria nacida de la crisis del año 2001 suplicábamos ¡Queremos ser Nación!. Se trataba de una reafirmación desesperada de nuestra identidad como pueblo-nación ante las amenazas de disgregación, enfrentamiento y falta de futuro.

Una nación se sostiene en la reafirmación diaria de los valores que la constituyen, construyendo comunidad, un vivir juntos en la igualdad esencial y en la diversidad, no en la diferencia y la desigualdad irritante. La persona se realiza en comunidad. Ser persona en una sociedad justa e integradora implica contar con las posibilidades para lograr su desarrollo pleno e integral. En nuestra situación, implica desarrollar mecanismos institucionales de solidaridad, además del desarrollo de la caridad individual en favor del débil y sufriente. La construcción de una comunidad respetuosa de la diversidad, inspirada en la imagen metafórica del poliedro y no en la esfera uniformizante. Construcción de una comunidad basada en la participación y el compromiso de los actores fundamentales de la vida nacional.

Para que el camino de construcción de la comunidad en estos términos se produzca resulta central contar con un horizonte utópico, un destino.

El destino no es una bendición (condenados al éxito) ni un maleficio (condenados al fracaso) sino el resultado de una tarea sostenida y paciente por modelar nuestros deseos colectivos.

Cada vez resulta más acuciante la necesidad de dotar de sentido la experiencia que vamos transitando como nación, proyectando un futuro. De allí se desprende el rol que tiene la política, en la medida en que hace posible abrir nuevos escenarios y habilitar otras perspectivas respecto de lo por venir.

Por eso consideramos que la actividad política es central en la vida humana. De ella depende la proyección de la vida buena y justa en la sociedad. Es, por tanto, una de las actividades humanas más elevadas. Triste papel es el del político convertido en un intermediario, cuando debe ser un mediador; en un mero administrador de lo existente, cuando debe abrir el horizonte.

San Juan Pablo II decía que “no se puede justificar un pragmatismo que, también respecto a los valores esenciales y básicos de la vida social, reduzca la política a pura mediación de los intereses o, aún peor, a una cuestión de demagogia o de cálculos electorales.”

La clase política está llamada a tareas arquitectónicas de otro calado.

Decíamos en una jornada anterior: “Ser Nación supone definir un rumbo, consolidar una identidad singular, integrar a todos, construir una comunidad de hermanos, vincular al país con la región y con el mundo. Al hacerlo, no desconocíamos la permanencia entre nosotros de cierto clima en la sociedad que no ayudaba a encontrar esta direccionalidad”.

Para algunos sectores, que exaltan de manera continua lo exterior no resulta natural ni orgánico formar parte de la comunidad, ya que hacen de la autodenigración una práctica corriente. Para muchos de ellos el ejercicio de proyectar un futuro compartido resulta indiferente. Se trata de sectores que han perdido los vínculos, la relación con la urdimbre cultural, el lazo con sus compatriotas. Estas actitudes llevan, inevitablemente, a no proyectar un futuro mejor compartido, y por tanto a no cultivar un sentido de pertenencia a un destino colectivo.

Esto no puede extrañarnos ni podemos considerar que se trate de un fenómeno exclusivamente argentino, aunque en nuestro caso sus rasgos resultan muy pronunciados. La configuración de las sociedades contemporáneas en torno a un ‘nuevo individualismo y relativismo’ que se plantea en todos los ámbitos y la idea globalista de pertenencia al mundo sin mediación nacional, instalando la idea de

que somos ciudadanos del mundo, hace que la construcción de un destino comunitario no sea algo dado.

Supone un esfuerzo deliberado y consciente para su realización. Un trabajo orientado a tal fin. Ello se traduce en la tarea política cotidiana de construcción de comunidad. Ello supone descubrir lo que nos une. Fortalecer lo común. No solo aquello que recibimos como legado al formar parte de una comunidad, sino aquello que nos ata a ella en términos de obligaciones. Aquello que estamos obligados a dar, entregar, donar a la comunidad que nos formó, que nos cobijó, que nos hizo parte de su heredad.

Por eso resulta indispensable generar un ambiente propicio de diálogo, de encuentro, de inclusión que ayude a recrear los vínculos sociales en un clima de amistad social, arraigando y hasta recuperando ese ethos comunitario y cultural que nos constituye como sociedad y como pueblo. Ethos comunitario que define una identidad, un modo de ser, un modo particular de relacionarnos entre nosotros, con la naturaleza y con Dios que constituye una cultura. Una forma singular, diferenciada de otras.

Ante la explosión de la diferencia nos encontramos con la dificultad de descubrir y cultivar lo común. Ese común que constituye la soberanía fundamental de una nación, aquello que le es propio y característico, lo que la distingue y le da su particular fisonomía. La realidad proteíca y multiforme de nuestro país puede llevarnos, por momentos, a enfatizar la diferencia sin trabajar por aquello que nos une, lo que nos es común, lo que nos congrega.

Hay que partir de la diversidad, de la realidad de nuestro federalismo inconcluso, para plantear como horizonte la idea de Nación como realidad integradora, totalizadora, sintetizadora y no como supresión o reducción a la unidad.

Se trata de la cuestión identitaria. Una identidad que se asienta en dos polos simultáneos. En el sentido de pertenencia, en el arraigo a los valores heredados y en el sentido de futuro compartido que llamamos destino.

Pertenencia fundada en la historia, en la trayectoria nacional, en la densidad de los procesos que hemos vivido. Historia que requiere otras miradas, otras lecturas, otras interpretaciones. Que nos ayuden a identificar aprendizajes válidos. Que partan de una serie de criterios distintivos como son los de la participación popular, el reparto de los bienes producidos, el sentido de

autonomía, el respeto por los débiles, enfermos y sufrientes. Desde estos criterios podremos leer el pasado desde nuestro presente, sin generar interpretaciones dicotómicas excluyentes, sino recuperaciones que nos permitan seguir caminando como comunidad.

La comprensión del presente surge indefectiblemente de la comprensión del pasado y viceversa. De la lectura que hagamos del pasado ,más o menos amplia y generosa, dependerá la disposición actual a articular, dialogar, acordar. Eso enlaza el pasado con el futuro, con la posibilidad de diseñar y organizar otro modo de vivir en sociedad.

Se trata de una fuente imprescindible para dar un fundamento sólido a los procesos de construcción de unidad. No debemos ni podemos despreciarla o subestimarla ni prescindir de ella. La historia es el espacio de reserva cultural a la vez que constituye una plataforma de proyección Es la continuidad de nuestra ubicación geocultural en un territorio, con una lengua, una cultura y una experiencia religiosa.

Resulta fundamental recuperar, en este ejercicio de memoria agradecida, las palabras del entonces Cardenal Bergoglio en la alocución titulada Nosotros como Ciudadanos, nosotros como Pueblo: “En cada nación, los habitantes desarrollan la dimensión social de sus vidas configurándose como ciudadanos responsables en el seno de un pueblo, no como masa arrastrada por las fuerzas dominantes. Recordemos que «el ser ciudadano fiel es una virtud y la participación en la vida política es una obligación moral»

La Nación es el fruto, un eslabonamiento del trabajo de generaciones. Cada una aporta y enriquece el legado de la generación anterior. Más allá de nuestros vaivenes políticos, de la pendularidad y el erratismo de nuestros proyectos económicos resulta fundamental recuperar esta dimensión. La transmisión intergeneracional de una experiencia que se constituye en el más valioso tesoro que tenemos como comunidad. Allí radica el valor esencial de la educación como transmisión crítica de la propia cultura. Sin referentes culturales claros, derivados del proyecto común elegido, la educación gira en el vacío. Los

contenidos que transmite el sistema educativo se derivan del proyecto país. Si este se resiente o no está definido no puede demandarse a la escuela que cumpla con sus finalidades centrales.

Entre ellas, la de afirmar la identidad nacional a través de la enseñanza de la lengua, la geografía y la historia; la de preparar para el ejercicio ciudadano mediante prácticas democráticas desde la más tierna infancia y la afirmación de los valores de libertad y justicia; la de formar para el trabajo dotando de las capacidades fundamentales para una inserción en esos espacios; la apertura a la diversidad regional y el ámbito mundial desde una singularidad.

A la vez que recuperamos la historia, reafirmamos el valor de la educación en su relación viva y esencial con la cultura, es preciso generar un horizonte. Una perspectiva de futuro compartida. Mirando el mañana con optimismo y apostando por él. Salir del cortoplacismo y del tiempo presente como única dimensión de la existencia para trabajar proyectos de mediano y largo plazo que a la vez constituyen desafíos para la dirigencia en su conjunto, en especial la política y para la sociedad.

Por lo expuesto, afirmamos que un proyecto de país trasciende el logro de un equilibrio presupuestario. Nuestra utopía nos debe llevar a vivir juntos, con dignidad e integrados. No podemos contentarnos con una sociedad que funcione a dos velocidades o acepte mansamente la desigualdad y la exclusión de vastos sectores de compatriotas.

Ello se torna paradójico si tenemos en cuenta que en la memoria social sigue habitando el deseo de mejora, de movilidad social, basada en la educación y en el trabajo, pilares de una comunidad auténtica. Debemos activar esa memoria social en otra dirección. En una perspectiva de futuro con perspectivas de integración social. Afirmadas en los rasgos de nuestra cultura. De nuestras propias formas.

Los niveles de desigualdad se han amesetado en valores que tampoco responden a nuestra experiencia histórica ni al imaginario de sociedad abierta y móvil que aún persiste en amplios sectores. La realización de esos genuinos deseos reside en la capacidad de generar un nuevo proyecto histórico.

Nuestra patria merece un proyecto federal e integrador. Un proyecto en torno a definiciones de valores y a objetivos concretos en las distintas áreas de la economía, la política, lo social, lo cultural. Un proyecto de desarrollo integral para todos. Ese proyecto integrador excede los tiempos de cualquier gobierno porque necesita una mirada de mediano y largo plazo y por lo tanto requiere continuidad, la cual sólo puede ser garantizada mediante el compromiso de las distintas fuerzas políticas y sociales.

Resulta fundamental generar un clima favorable a los acuerdos, que está en la base de un deseo compartido por la inmensa mayoría de nuestra sociedad, de nuestro pueblo. No se trata de una tarea fácil. El mayor obstáculo se encuentra en una cultura política que tiende al faccionalismo y al posicionamiento efectista. Reconocemos no obstante que existen dificultades concretas para propiciar un clima cultural que disponga nuestro ánimo para emprender otro camino. Por eso proponemos una Cultura del Encuentro.

Para contribuir a ello, resulta necesario, insistimos, contar con un polo utópico. No para caer en una falsa idea de progreso, sino para tensionar el presente desde esos valores, ideales, esos núcleos que nos invitan a construir otro modo de vivir en comunidad.

La iniciativa en este campo, es responsabilidad primaria de la clase política, que debe superar la esterilidad de la confrontación por los espacios, para alargar la mirada en una perspectiva del tiempo distinta, poniendo en marcha la imaginación política. Reiteramos lo propuesto en anteriores oportunidades: No se trata de un ejercicio individual. No queda reservada al ámbito restringido de los especialistas o de los tecnócratas. Se trata de activar una práctica social convocante, que involucre los distintos sectores y niveles a pensar en una sociedad integrada bajo la máxima según la cual *“el todo es superior a las partes”*, *porque incluye a las partes y las integra en un proyecto común*. En ese ejercicio se trata colocar en el centro el bien común: no como algo abstracto sino como un bien personal y social para todos y cada uno de los hombres y mujeres de nuestro país.

En base a esos acuerdos y proyecciones los gobiernos podrán tener una agenda más estable y el Estado una manera de adecuarse a los imperativos del proyecto compartido.

El Estado solo da forma a la nación, al pueblo, a la comunidad. Lo representa. De algún modo lo simboliza. No es el demiurgo de la sociedad ni es su salvaguarda. El estado actúa como garantía de la continuidad de la nación.

La nave del estado debe tener un timonel, una direccionalidad. Esa orientación la brinda la política ya que para transformar la matriz productiva necesitamos un Estado que en su desarrollo despliegue la función articuladora, generando sinergia en políticas de Estado con continuidad en el tiempo y que vaya a los temas de fondo, estructurales, más allá de la coyuntura.

Nos preguntamos... ¿Cómo fortalecemos al Estado? Haciéndolo más articulado, colocándolo más cerca de los problemas concretos de la población, y siendo “más Estado” en sentido positivo, con despliegue institucional superando lo que podemos llamar “programitis”. Hay que pensar la infraestructura estatal de manera integral e interministerial para desarrollar políticas robustas, en las que colaboren las organizaciones sociales, las ong’s y las Iglesias.

Esto no resulta fácil. En ese campo vivimos una particular situación de debilitamiento del pensamiento político y de la clase dirigente. El cortoplacismo, el ejercicio del poder líquido, el figurar por figurar, el vacío de los operadores, han llevado a una degradación del ejercicio de la política y al incumplimiento de esa función esencial en la comunidad de fijar los grandes propósitos y objetivos nacionales.

Invitación

Estamos llamados a sentirnos comunidad de destino para construir un país para todos. El método es la cultura del encuentro. Se trata de un camino arduo y trabajoso para alcanzar la Comunidad de Destino.

La cultura del encuentro nos exige recrear los vínculos sociales entre los argentinos junto a una ética de la solidaridad donde en primer lugar todos se sientan responsables de todos y en comunión, superando el individualismo en

pos del bien común y que promueva una profunda reconversión de actitudes para alcanzar los consensos necesarios que nos ayuden a reafirmar nuestra identidad y crecer en la amistad social.

Es imperioso que nos comprometamos a respetar las normas básicas de convivencia: este compromiso no implica ignorar o eliminar el disenso, los conflictos, ni la diversidad sino que los pone bajo un doble paraguas. El de la convivencia y el destino común.

Dice el Papa Francisco: “La vida es el arte del encuentro aunque haya tanto desencuentro en la vida. Reiteradas veces he invitado a desarrollar una cultura del encuentro que vaya más allá de las dialécticas que enfrentan. Es un estilo de vida tendiente a conformar ese poliedro que tiene muchas facetas, muchísimos lados, pero todos formando una unidad cargada de matices, ya que "el todo es superior a las partes" (FT, N° 215).

Esas son las condiciones de un pacto político y social en el que la clave sea la atención prioritaria al trabajo como derecho humano y como organizador social que otorga dignidad y ciudadanía y a la educación como elemento fundamental del desarrollo personal y de integración social y comunitaria.

Promover la fraternidad, la amistad social, el diálogo entre los sectores y las principales fuerzas políticas en la vida cotidiana de la sociedad, se constituye en un imperativo inexcusable para construir la comunidad nacional.

En ocasiones anteriores hemos insistido en la necesidad de generar un nuevo pacto social para el siglo XXI. Trabajar en esa dirección supone diseñar un proyecto compartido de nación y concertarlo entre las principales fuerzas políticas, sociales y con la comunidad. Donde la dignidad de cada persona humana y el Bien Común sean cuestiones que estructuren todas las políticas.

Ello supone, como lo planteamos oportunamente:

Diseñar un ambicioso proyecto de futuro a mediano y largo plazo.

Definir un mecanismo de acuerdo en los objetivos y metas estratégicos.

Generación de un acuerdo operativo para superar la puja distributiva, fundar un crecimiento sostenido, construir un modelo de desarrollo sostenible, solidario e integral.

Se trata de diseñar un nuevo Pacto Social que combine democracia plena y protagonismo social-sectorial. Un Pacto Social que posibilite una construcción participativa de las personas, los sectores y organizaciones que forman parte de la comunidad nacional. Un Pacto Social que habilite una concertación económico-política y social orientada por una propuesta de desarrollo integral, solidario y sostenible. Un Pacto Social fundado en un verdadero federalismo.

Se trata de avanzar en la combinación entre democracia y sectores organizados institucionalmente, en un diseño que, basado en la pluralidad política y social, permita procesar pacíficamente los conflictos de intereses y miradas sobre el presente y el futuro.

Este Pacto Social es un instrumento para una finalidad mayor: el Cuidado de la CasaComún, que es nuestra Patria, la construcción de una sociedad más justa y plena. El pensarnos como ciudadanos y como pueblo. El construir un sentido del 'nosotros' compartido con perspectiva de futuro desde una ecología integral, humana y ambiental, social y cultural que nos propone Laudato Si'.

Debemos promover un acuerdo fundamental que deben hacer los que más tienen, saben y pueden. La dirigencia política tiene la responsabilidad de constituirse en motor y fuerza rectora de un diseño de futuro distinto.

Nuestro país requiere del consenso en torno a un programa político y una agenda estratégica para abordar sus problemas estructurales: La Argentina creció toda vez que pensó a largo plazo y que generó un consenso profundo.

La Argentina como comunidad de destino tiene posibilidades significativas para impulsar un desarrollo con justicia y equidad.

Soja, petróleo, oro, litio, desarrollo de las industrias 4.0 y la significativa formación de los jóvenes profesionales. Podríamos seguir con la lista.

Se trata de la unión de recursos de la naturaleza, de una experiencia industrial y tecnológica acumulada y de capacidades diseminadas en la población que constituyen un rico patrimonio natural y cultural.

Estos factores de riqueza pueden fundar un neodesarrollismo concentrado y extravertido o ser articulados en un modelo de desarrollo equilibrado y favorable a la distribución.

Recordemos a San Juan Pablo II quien remarcó que “no sería verdaderamente digno del hombre un tipo de desarrollo que no respetara y promoviera los derechos humanos, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los derechos de las naciones y de los pueblos”.

La construcción de la comunidad constituye un requisito para la integración autónoma en el escenario regional e internacional. Los signos distintivos de la identidad comunitario nos enlazan, por la matriz cultural originaria, con América Latina.

Estos enunciados de sentido global y largo plazo, que requieren de todos modos de la urgencia del corto plazo, no nos pueden dejar de brazos cruzados.

Estamos convocados a pensar y construir como Ciudadanos y como Pueblo la Nación como Comunidad de Destino, fundada en una fraternidad en libertad e igualdad, con justicia y equidad.

Quiero volver a leer un fragmento del mensaje que hemos recibido del Papa Francisco: “me preocupa el crecimiento de polarizaciones y extremismos que impiden construir y encontrarse en un “nosotros” común. Son muchos los conflictos que el repliegue en trincheras, tantas veces ideológicas, impiden solucionar. Poco a poco se erosionó el sentido de pertenencia capaz de romper la tiranía de la división y el enfrentamiento para posibilitar, con todas las diferencias legítimas que puedan existir, la congruencia de las voluntades en la búsqueda del bien común; que es mucho más que la suma de bienes individuales. La polarización corroe todo intento de soluciones y lo único que instala es desazón y descreimiento. En este contexto es imperioso recuperar nuestra capacidad de diálogo, esto es, acercarse, escucharse, conocerse y reconocerse para buscar puntos de contacto que nos ayuden a trascender. Para ayudarnos mutuamente necesitamos dialogar”. (FT 198)

Padre Carlos Accaputo